

Sonetos de Shakespeare

2

Cuando se rinda tu frente a los años invernales
y de surcos se cubra su tersura,
el atavío de tu juventud galana
será pobre andrajó deslucido.

Luego, al recordar tal gallardía,
tan vívida juventud desvanecida
decir que en el recuerdo aun perdura
fuese vano pesar, hueca palabra

Pero si la luz de tu belleza,
alumbrase nuevo retoño de hermosura
para alegría y sol de tu vejez

no se perdiese así tanta belleza
y al llegar de «*Longo Puccinelli Gobierno*»
verano fuese ver tu sangre renacida.

12

Cuando marca el reloj las horas idas
o se hunde el sol en la alevosa noche
o se mustian las húmedas violetas
o en plata se tornan renegridas guedejas;

cuando los árboles umbríos se despojan de follaje
tras de prodigar fresca sombra a las ovejas
y las verdes gavillas del estío
blancas barbas aprestan para el troj:

de tu belleza me pregunto, entonces,
si sentirá que la apremia el abandono,
como tanta belleza ya cumplida

al ver surgir nuevas promesas;
mas no perecerás ante los años implacables
si dejas bella estirpe que al tiempo bien se afirme.

18

¿Serás comparable a la gloria del estío?
Eres tanto más preciosa y delicada;
pues procelosos arrancan los vientos impíos
los primorosos botones del luminoso Mayo:

o bien del cielo suele arder la pupila
o también opacarse su áureo fulgor,
fugaz y desigual toda belleza
cambia o decae su esplendor:

pero tu hermosura resplandecerá eterna,
y ni el tiempo su lozania podrá ajarle
ni las sombras de la muerte obscurecerla

pues en estos versos tu inmortalidad reside:
mientras aliente vida en pecho humano
éstos existen y tu belleza vive.

30

Cuando la dulzura del silencio llenan
reminiscencias de las cosas idas
con cada vivencia renace mi pena
y suspiro por los tiempos idos.

Entonces sí se me aniegan las pupilas
recordando los que fueran tan caros amigos,
aquellos que la muerte con manto solemne
sumiera en la noche del olvido.

Luego me sangra de nuevo la herida
evocando, triste, queja tras queja;
revive así mi profunda pena

y me estalla el corazón en negro llanto.
Pero al pensar en tí, mi buen amigo,
el peso se me va y me consuelo en tanto.

83

Siempre pensé que para reflejar tu hermosura
se necesitaría del cristal más puro
pues el vil y sin brillo es muy pobre espejo
y vana la ofrenda de su turbio reflejo.

Así la palabra lúcida y clara
que homenaje te hiciera con justa certeza
aunque la buscara yo no la encontrara
y por eso no cantara yo tu belleza,

que estando de profunda emoción embargado
a empañar tu imagen yo no me atrevía
con impuro cristal, pero hoy te han presentado

mal vidrio y «no cristal de diopantes, facetas»
¡Tú, que más clara luz tienes en una pupila
que en las opacas ofrendas de tus dos poetas!

98

De tí me alejé en la primavera
cuando Abril, vistiendo sus galas de seda
derramaba su alegre juventud por doquiera
corriendo con él hasta el viejo Saturno,

de todos los dioses el más taciturno.
Pero ni de las aves los trinos más suaves
ni de las flores los perfumes galanos
inspirarme podían a cantar el verano

o a rendirle homenaje a tu graciosa belleza;
fuera ya el lirio de luz y de nieve
o la rosa de grana, esa llama tan leve,

¿qué eran todas juntas ante tu belleza?
Invierno parecía todo en tu ausencia
y la primavera fantasma de tu alegre presencia.

99

Reprendí a la áspera violeta
por, burda, hurtar tu sutil aliento
y por lucir, con grosero tiento,
el regio púrpura que tomara

de tu sien en las tenues venas,
Al lirio, por apropiarse de tu mano,
y a las flores del orégano, de tu pelo.
En tanto las rosas, entre crueles espigas,

pálidas se tornaban de tan angustiadas,
o de rubor se cubrían de tan azoradas,
o el rosa tomaban de tu boca en flor.

¡Vil gusano les rovera el corazón!
¡Que viera flores perfumadas en tan grata confusión!
y que así lucieran todas tu dulzura y tu candor!

102

Hoy te amo más, aunque menos se note:
aunque no lo parezca es más fuerte mi amor,
pues, proclamando aquél, cuanto más conocido
perdiéndose va su enorme valor.

Cuando fue primavera nuestro amor tan reciente
cantábalo yo en alegres rondales,
mas, canta el dulce ruiseñor en estío
y luego enmudeciendo va en otoño;

y no es que decaiga el esplendor del año
de cuando, en las noches, sus trinos se oían
sino que en la arboleda sus notas resuenan

y se agota el deleite de su melodía.
Así, callaré mi pasión tan rendida
para que no te canse mi canción repetida.

106

Cuando en las crónicas de los tiempos idos
leo las hazañas de mozos aguerridos
o las cantigas en loor de desaparecidas bellezas
que con dulces palabras de exquisita terneza

cantan las sienes y manos de nieve,
las mejillas y bocas de hoja de rosa,
los ojos de estrellas, el pie blanco y breve,
todo lo que te hace hoy tan preciosa,

veo que al cantar las bellezas de antaño
adivinar parecían la tuya de ahora
más no vislumbrándote con claridad toda entera

no podían loarte con palabra certera.
¡Imposible lo fuera! ¡Si te miramos hogaño
y expresar no podemos lo que a los labios aflora!

116

Que al enlace eterno de las almas nobles,
fieles a su amor, no me oponga yo nunca:
su virtud resplandece como llama viviente
que guía cual faro en el caos nocturno.

No es amor verdadero el que triste decae
al no sentir eco a su ardiente pasión,
o aquél que se abate ante recia tormenta
o ante el olvido cruel en olvido se torna;

ni es juguete del Tiempo, aunque éste, implacable,
marchite los rostros de dulzura inefable;
ante los años el amor no se rinde

sino que, al contrario, resiste los siglos.
Si hablo falsía, que me sea esto probado:
jamás escribí nada, ni hombre alguno ha amado.

129

Agonía del alma entre espinas y abrojos
es la lujuria. Llega a ser furia
horrenda y salvaje, violenta locura,
horrible manía, vicioso perjurio.

Lo que se ha conseguido desprecio ya inspira,
lo que fue tan ansiado, apenas logrado
parece que fuera odiosa carnada
por mano perversa adrede tendida.

Frenesí desatado es tal persecución
ardiente delirio tal posesión,
éxtasis loco la culminación. . .

¡y el sueño se esfuma, qué cruel espejismo!
Ay, esto sólo lo aprende uno mismo:
¡huir de la gloria que trae a este abismo!

147

Es mi amor una fiebre tan ardiente
que al consumirse las fuerzas sólo anhela
renacer, voraz y delirante,
de las ansias que dan vida a mis desvelos.

Ofendida al encontrarme tan reacio
hurtando mi cordura al fin se aleja
la razón, Hipócrates del delirio,
y al tormento del deseo así me libro.

Llego a tal al verme desahuciado,
entregado al ardor de mi locura
que las ideas desatadas se me escapan

y me expreso sin juicio ni certeza,
creyendo tu rostro celestial y hermoso,
¡hija de las tinieblas del averno espantoso!

(Traducción de Olga de la Piedra de Bingham Powell)



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»